

Reflexiones sobre la ética del psicólogo

Reflections on psychologist ethics

Recibido: 5 de mayo de 2017 - Aceptado: 13 de junio de 2017 - Publicado: 19 de octubre de 2017

Forma de citar este artículo en APA:

Ríos Madrid, M. (2017). Reflexiones sobre la ética del psicólogo. *Poiésis*, (33), 120-125. DOI: <https://doi.org/10.21501/16920945.2501>

Myriam Ríos Madrid*

Resumen

El presente texto contiene una reflexión sobre la posición personal que asumen algunos estudiantes y profesionales de la psicología, posición desde la que miran a los otros como enfermos, como seres necesitados de ayuda, pero no suelen reconocer la patología que hay en ellos mismos; igualmente, les gusta recomendar a otros la famosa frase *conócete a ti mismo*, que tampoco gustan de aplicarse a sí mismos.

Palabras clave:

Ética; Psicólogo; Profesión.

Abstract

This text has a reflection on the personal position that some psychology students and professionals, the place from which they look at others as ill people, beings that need help, but they do not recognize their own pathology; likewise they like to recommend to others the famous line know yourself which they do not apply to their situation.

Keywords:

Ethics; Psychologist; Profession.

* Psicóloga de la U. de A. Magíster en Investigación psicoanalítica U. de A. Docente del Programa de Psicología Universidad Católica Luis Amigó. Correo electrónico: myriam.riosma@amigo.edu.co

"Una profesión libra de pensamientos, en eso reside su gran virtud, pues es un baluarte detrás del cual podemos legítimamente retirarnos cuando nos asalten toda clase de inquietudes o cuidados" Nietzsche (1972:77).

Este pensamiento de Nietzsche quedaría perfecto para iniciar un curso de ética profesional en la carrera de psicología. La cita nos ha llamado la atención porque refleja una actitud, una posición personal, un tanto común en el estudiante y en el egresado de psicología. Por supuesto que es aplicable a todas las profesiones, pero frente a la de psicólogo, nos parece que adquiere más importancia, más gravedad.

La actitud a la que hacemos referencia es aquella que se manifiesta en un desconocimiento de sí mismo que en ocasiones acompaña la profesión de psicólogo; es una posición subjetiva que comporta un desprecio por todo aquello que implique un verdadero descenso hacia las propias profundidades.

Muchos hablan desde las teorías, diagnostican, señalan, recomiendan, aconsejan, pontifican frente a los otros, pero parecen no haberse mirado a sí mismos, no muestran una actitud de haberse cuestionado con alguna profundidad sobre su propia existencia, sobre el mundo en el que viven. Es como si la profesión cubriera, o mejor, tratara de cubrir con su pesado manto, las turbulencias de su propia interioridad humana, interioridad que aunque se quiera decir y aparentar todo lo contrario, en gran medida, no conoce la paz, la armonía, la salud mental, el sosiego, la felicidad.

En este sentido, no es raro encontrar que muchos de estos profesionales y estudiantes, manejan un discurso del que parecen excluirse a sí mismos. Para ellos, los demás están enfermos, tienen complejos, ideas irracionales, fobias, ansiedad, angustia, desequilibrios mayores o menores, perversiones, desadaptaciones, entre otros males psíquicos. Para los demás hay todo un menú de patologías y de teorías explicativas que a sí mismos no se aplican. La profesión parece haberlos vacunado contra estas cosas tan escabrosamente descritas en los textos de estudio y tan bien ilustradas en la realidad, en la desdichada existencia de sus pacientes. La profesión de psicólogo parece ser la fachada que han edificado para no verse a sí mismos, para ocultarse. Así, "soy psicólogo" es un enunciado con el que se presentan ante los otros y con el que pretenden impresionar y dar una idea de que poseen un conocimiento de la psiquis humana y por ende un dominio de sí mismos que los hace diferentes, y hasta superiores a los demás. Donde van, predicán salud mental, algunos cuentan su vida, se ponen como ejemplo y se muestran muy dispuestos a dar salud mental a los otros.

Parecen estar parados siempre en la comodidad de una teoría desde la cima de la cual miran a los otros, acomodándolos en cada uno de sus postulados, clasificándolos; es evidente que pararse en una teoría elaborada da una gran tranquilidad y libra, por supuesto, de pensamientos, preocupaciones, interrogantes; permite, en muchas ocasiones, el discurso contundente, la palabra que prescribe, en otras, el verbo, la palabrería, dándose el caso que muchos suelen hablar desde el desconocimiento de sí mismos, desde la suficiencia yóica, el narcisismo y hasta la petulancia.

Así, puede verse que algunos profesionales y estudiantes de psicología se consideran a sí mismos "sanos", "normales" y hasta "perfectos", configurándose lo que podría nombrarse como el síndrome de "el psicólogo sano y feliz".

Pero esta situación no pasa desapercibida y ha cuestionado a muchas personas, que han visto este síndrome, lo han analizado y suelen criticar, hacer bromas y colocarlo de argumento para desconfiar, para mostrar un cierto escepticismo frente a la psicología, la psicoterapia y los psicólogos. Siempre hay un amigo, un hermano, un padre, una madre, un pariente, que dice: "mi amigo, mi hermano, mi hijo, mi primo, es psicólogo y está más llevado que yo". También suelen escucharse expresiones como: "psicólogos, todos están locos", "psicólogos, predicán, pero no aplican"; "psicólogos, tienen una vida desastrosa"; "yo conozco psicólogos drogadictos, alcohólicos, homosexuales, entonces, ¿qué van a hablar?" "en mi trabajo hay un psicólogo súper conflictivo", "jamás me enredaría con alguien que fuera profesional de la psicología"; etc., etc., señalando con estas expresiones que el psicólogo debería ser el primero en aplicarse a sí mismo lo que predica.

Ahora bien, independientemente de que el desconocimiento y la fantasía de la gente la lleve a pedir y a exigir algo por lo demás imposible, es decir, la gente suele pedir un profesional de la psicología bien equilibrado, absolutamente sano, maduro y casi tonto a causa de tanta perfección; piden un profesional que muestre que la psicología, la psicoterapia realmente tienen efectos, pero, también estaría, del lado del terapeuta, su desconocimiento, su omnipresente semblante, su abuso del "cartón", su exagerado aparentar lo que no se es, lo que no se tiene.

No podemos evitar pensar en la frase de Heráclito, llamado "el oscuro", cuando decía: "yo me escudriñé a mí mismo" (Heráclito, 1983, p. 240), frase sobre la que asentaba su orgullo, la superioridad de su filosofía, de su espíritu. Heráclito, personaje enigmático y un poco escandaloso para la reluciente Grecia, debe ser hoy para los psicólogos, si es que alguno lo lee, igualmente escandaloso y más que oscuro, tenebroso. Desde la posición de muchos, Heráclito no sería un buen psicólogo.

Según lo considerado, puede concluirse que en muchas ocasiones el psicólogo, para traer aquí una conocida cita bíblica, "ve la paja en el ojo ajeno, pero no ve la viga en el propio". El miedo a sí mismo, que quizás lo ha llevado a elegir esta profesión, le obnubila el pensamiento, lo enceguece para lo que tenga que ver con él mismo, y lo hace proclive a enjuiciar a los demás. Así, muchos psicólogos pueden recomendar, trivializando la frase, un "conócete a ti mismo", pero cuántas veces podrán decir con orgullosa voz, como Heráclito, "me he conocido a mismo". Habría que señalar que esa recomendación de "conócete a ti mismo", pronunciada a veces por algunos psicólogos, se queda en la superficie. La psicología, lo sabemos, heredera del racionalismo, no gusta mucho de las profundidades, y en muchas ocasiones se conforma con razones, con cifras, con estadísticas.

Queda al descubierto que son dos cosas distintas el pronunciar "conócete a ti mismo" y "me he conocido a mí mismo". La primera, es una recomendación dirigida a otro, que no lleva implícito el hecho de haberse realizado en quien la recomienda. La segunda, es una afirmación referente a la

misma persona que la enuncia. No la recomienda, simplemente confiesa que lo ha hecho, da cuenta de un acto propio, de un deseo de conocerse ya realizado. En nuestra profesión de psicólogos, puede verse claramente este divorcio entre el ser, el hacer y el decir.

Así como el médico puede afirmar que el cigarrillo produce cáncer, pero él fuma; el abogado puede jurar que las leyes son inviolables y sagradas, pero él infringirlas; el Dalai Lama predicar el valor de la vida eterna, la austeridad y el ascetismo, pero él vivir en la más absoluta mundanidad, así también, el psicólogo puede prescribir a otros una indagación, un conocimiento de sí que él no tiene, una salud mental que él está lejos de poseer.

Una profesión es pues, un gran "baluarte" detrás del cual podemos ocultar nuestras incapacidades, nuestros temores, nuestras "patologías", para decirlo con un término bien contextualizado en la psicología. La psicología, como vemos, no está exenta de esto. Lo que debería preocuparnos, es que dada la naturaleza de su "objeto" de estudio y de trabajo (la psiquis humana), puede ser muy delicada la posición que se asuma en la manipulación de este objeto. Surge así un interrogante por la ética profesional del psicólogo: ¿podrá asumir una posición ética frente a otro, un sujeto que considera siempre la patología del lado de afuera, que se desconoce a sí mismo de forma radical; que escucha a los demás desde sus prejuicios; que se pone al servicio de instituciones e ideologías para manipular a otros; que pretende cambiar a otros?

Para el caso de los estudiantes, no es raro ver que la práctica profesional los suele confrontar con el saber, con ese supuesto saber ilimitado que sobre la psiquis humana han acumulado y creen poseer al finalizar su formación. En la práctica profesional algunos se sienten indefensos, inseguros, atemorizados ante lo que se espera de ellos, ante las situaciones que les toca enfrentar cuando escuchan las demandas del paciente; cuando se ven frente a otro que les pide una escucha para la que no están preparados, pues a lo largo de la carrera no se han escuchado a sí mismos ni a los demás, y es posible que gran parte de la vida académica la han pasado inmersos en el teclado de su celular, atrapados en la pantalla de su dispositivo móvil. Es lo que vemos día a día en las aulas de clase, psicólogos en formación que no se cuestionan y que no escuchan, psicólogos cuyos oídos permanecen sordos a lo que pueda decir un docente o sus compañeros en clase. Estudiantes que no han asumido con responsabilidad esa profesión, la que según dicen, aman y toda la vida soñaron estudiar, pero de la que parecen no comprender el gran compromiso ético que implica su formación y posterior ejercicio. Estudiantes que tienen la teoría en la mano, pero, ¿si el paciente no encaja en ella?, ¿si en la teoría no se ha planteado tal caso o situación? ¿Qué hacer?, ¿A quién acudir?, ¿Desde dónde escuchar o leer la realidad?, Más grave todavía, ¿Qué hacer cuando los asuntos de los pacientes les tocan, les afectan, les mueven, les desestabilizan? Esto no suele considerarlo la teoría, no estaba en los libros de texto leídos en la carrera, por lo tanto, los estudiantes no lo pensaron, no lo consideraron nunca como posible.

En este sentido, fuera de leer las teorías, me parece, que escuchar al otro atentamente, mirándolo, con una escucha serena, desprejuiciada, respetuosa, debería ser lo mínimo que haga un estudiante de psicología durante su carrera; quien lo hace, en estos tiempos del desprecio generalizado por los demás, muy seguramente es alguien que ha tenido algún momento de introspección, alguien que

se ha intuido a sí mismo, que se ha mirado a sí mismo, quizás, en un chispazo de reflexión en el que se sobrepuso a la fascinación imaginaria del paraíso multicolor de las redes sociales o cualquier otro paraíso de los que actualmente ofrece el complaciente y comprensivo capitalismo, buscando vender, y de paso haciéndonos a todos ciegos y sordos frente a nosotros mismos, los demás y la realidad.

Por eso, como docentes, cada día nos maravillamos cuando vemos unos cuantos estudiantes, humildes, por lo demás, que asumen su formación con los pies en la tierra, con pasión, con verdadero deseo, estudiantes que a partir de sus preguntas, muestran que reflexionan, que desconfían de la omnipotencia de la técnica, de la teoría; estudiantes que todavía vibran escuchando al otro, sea quien sea, porque, muy seguramente, intuyen que la palabra es engañosa, que cuando se habla siempre se dice más, que el discurso es siempre un reto para quien lo escucha, para quien está atento.

Todo lo planteado nos lleva a pensar que este es un asunto muy delicado. La experiencia muestra los excesos, desaciertos, atropellos y fracasos que pueden cometerse bajo la bandera de la "intervención psicológica", de la "cura psicológica". ¿Dónde cabe la responsabilidad del psicólogo? La experiencia también muestra los tumbos que suelen darse algunos de estos profesionales cuando en un momento dado se les cae la máscara, cuando se les derrumba la fachada, ya que ésta también se viene abajo, ¿por qué habrían de estar excluidos ellos de las crisis, los tormentos, las pasiones y conflictos a que nos vemos sometidos todos los humanos? Sobra decir que cuando esto pasa, cuando llega la crisis, no hay donde esconderse, no hay diploma que tape, no hay profesión que valga, que salve.

Para finalizar, una frase de Heráclito: "No hallarás los límites del alma, no importa la dirección que sigas, tan profunda es su razón" (p. 215). "Al respecto, podríamos decir que si bien es cierto que un conocimiento exhaustivo de sí mismo es utópico, también es cierto que es peor no intentarlo, negar su validez, su utilidad, peor es no intentar siquiera bordear el abismo, peor es negar el abismo, no cuestionarnos, no reconocer nuestros límites, nuestra falta. Igualmente, valdría la pena que los psicólogos escucháramos un poco a Freud cuando recomendaba para los futuros psicoanalistas una formación que incluyera lo que llamaríamos hoy cultura general, unos buenos conocimientos sobre literatura, arte, lingüística, historia, mitología, entre otros, fuera de una psicoterapia personal en la que se hubieran enfrentado a sus propios fantasmas.

Algunos se quejan de la pérdida de status social de la carrera de psicología, de la pérdida de credibilidad, ante esto, vale la pena reflexionar, quizás, como psicólogos, si fuéramos más humildes, más atentos a nosotros mismos, más estudiosos, más críticos, si nos bajáramos de ese pedestal narcisista en que nos subimos desde el primer semestre pretendiendo controlar, modificar y sanar a ultranza, quizás lograríamos dar otra imagen de la profesión, realizar una gran labor social y podríamos reconocernos como indefensos seres humanos a quienes la existencia les formula constantemente preguntas sobre el deseo; sobre el sentido de la vida; sobre las relaciones con los otros; sobre los propios límites; sobre la felicidad; sobre el dolor de existir; también, sobre la Parca, la más olvidada, pero quien es, a fin de cuentas, la dueña de todo incluso de los diplomas...

Conflicto de intereses:

La autora declara no tener conflictos de interés relacionados con este artículo.

Referencias

Nietzsche, F. (1972). *El crepúsculo de los ídolos*. Medellín: Editorial Bedout.

Parménides - Heráclito. (1983). *Fragmentos*. Buenos Aires: Orbis.